



1741

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

*Del académico emérito don Luis
Ricardo Furlan, acerca de*

JOSÉ GOBELLO

Señora Vicepresidente:

1952. Nos conocimos en el diario *Democracia*. Un tal Belgo le puso énfasis al libro de un poeta bisoño. Era de buen cristiano –me aconsejaron– agradecerlo. En el comando angular de aquel enorme salón, descubrí a José Gobello. En mangas de camisa, tiradores y encanecido. Un cordial apretón de manos, el “siéntese, viejo” y, café por medio, la prolongada charla. Celebraba nuestra ocasional condición de convecinos: él vivía en San Isidro; yo, en Villa Adelina. De un extremo a otro, pero el mismo municipio.

Como al pasar, me presentó a algunos trajinantes, entre el murmullo de voces, “pianitos” de escribir y largas tiras de papel escupidos por la incansable teletipo. Al “Mono” José María Pedrido Villanueva, dibujante de *Última Hora*, *Comedia*, *Fastrás*, *El Laborista* y otros varios medios gráficos; el crítico de arte J. A. García Martínez; los poetas Erib Campos Cervera y Gregorio Santos Hernando; el modisto Horace Lannes y el novelista Luis María Albamonte, que se emponchaba en su heterónimo Américo Barrios.

La tertulia prometíase interminable. Gobello, así nomás, sacó de la gaveta un ejemplar de *Los ángeles afeitados* (poemario que reeditó años después, honrándome al pedirme que se lo prologara), de puño y letra le puso dedicatoria y rúbrica y me lo entregó. Y, de sopetón, el tentador: “¿Quiere colaborar en el suplemento literario?”. Casi me trago la cucharita con la que removía el terrón de azúcar. “Vaya fortuna de principiante”, me dije; y desde entonces, en esa página semanal, divulgué versos y artículos. También tuve ocasión de leer, en tiempo y forma, algunos relatos reunidos en *Historias con ladrones*.

Su destino literario, sin embargo, no estaba en el verso ni la narrativa, sino en la lingüística. Él le dio estrado académico al lenguaje popular, el lunfardo, poniéndolo a nuevo en el habla y la escritura rioplatense. Cuando fundó, con otros notables pioneros, la Academia Porteña del Lunfardo, no dudó en acercarme a esa auténtica craneoteca de hombres sabios. Me apartó el árbol de la poesía culterana, de la que yo era ferviente aprendiz, y me dejó ver el bosque donde retozaban, entre otros, Dante A. Linyera. el “Negro” Cele y Carlos de la Púa. Y en la apoteosis de mi tsunami intelectual caí, salvado, en uno de los sillones ilustres.

Si hasta aquí he dejado solazar mi ego, ha sido para dar testimonio de una amistad de más de medio siglo, con sus conflictos y armonías, con alguien que fue extremadamente generoso conmigo. Aquella sala periodística iniciática me permitió este largo recorrido amical con un auténtico maestro que, a través de sus investigaciones, lega su ejemplo de rastreador incansable de la parla del pueblo sin retobarse jamás a la lengua madre, de la que fue, asimismo, celoso cancerbero.

Buenos Aires, 2 de noviembre de 2013

LUIS RICARDO FURLAN
Académico emérito